

La pregunta era siempre qué había hecho yo

Eugenia García

Periodista, miembro de Medios para la Paz

Lo más duro es el sentimiento de impotencia, de no poder hacer nada para cambiar el hecho de que tu amigo está metido en un ataúd cuando poco antes estaba cantando vallenatos, y no lo entiendes, no entiendes esa lógica de matar a gente desarmada y que lo único que hace es defender unos derechos que en este país todavía no se comprenden.

El féretro de Jorge Ortega, asesinado hace unos días, está a pocos metros. Es otro de los amigos muertos de Olgher Santodomingo, dirigente sindical petrolero en Barranca y miembro del comité ejecutivo de la Central Unitaria de Trabajadores, CUT, desde su llegada a Bogotá como desplazado hasta que en 1996, desde su trabajo con la Red de Iniciativas para la Paz, Redepaz, y el Comité de Búsqueda de la Paz, se incorpora al movimiento cooperativo.

Olgher Santodomingo es barranqueño y trabajador de Ecopetrol. Su abuelo era empleado de la "Troco" (Tropical Oil Petroleum Company), y su padre y su tío, como afiliados a la Unión Sindical Obrera, USO, vivieron la creación de la empresa estatal de petróleos en Colombia. Olgher, después de su paso por la Universidad Industrial de Santander, UIS, como profesor, siguió la tradición familiar.

Siempre he respetado mucho a mi padre porque es un hombre muy serio, muy consecuente. Y a mi tío Mingo, uno de los hombres que más he admirado, uno de los más solidarios. Por eso, después de ser profesor universitario, acepté entrar a Ecopetrol¹ como obrero. Era un sueño y un orgullo trabajar para la mejor empresa del país.

Poco después comienza su actividad como dirigente sindical de la USO, cuando en 1980 es elegido para representar, como negociador del pliego de peticiones, a los trabajadores del campo de producción de El Centro.

Y desde 1985 empiezan a caer asesinados mis compañeros, dirigentes populares de Barranca. Leonardo Posada, Manuel Gustavo Chacón, Hamet Consuegra, El Pichi, Lucho Martínez, Juancho Hernández, Orlando Higuita, Fernando León, Alirio Bermúdez... la lista se fue haciendo interminable. Ellos no solo eran dirigentes de la USO, sino también mis amigos personales. Entre 1987 y 1990 me fui quedando sin amigos, a unos los mataban y

otros tenían que salir de Barranca por las amenazas. La lista se fue haciendo interminable. Me acuerdo mucho de Juancho y Lucho, que cayeron asesinados juntos, mientras tomaban una cerveza. Poco antes de eso, Juancho me llamó un día a las cinco y media de la mañana para decirme 'hermano, yo quiero pedirte un favor, que nunca me dejes sola a mi viejita, a mi mujer'. Cuando lo mataron, su esposa me enseñó su agenda. Había escrito varias veces que se iba a morir. Y es que uno empieza a convivir con la muerte, incluso a desarrollar una coraza que permita resistir. Y lo peor es que nosotros ni siquiera sabíamos de qué se trataba. Unas veces nos acusaban de tener vínculos con la guerrilla. Sólo por ser dirigentes sindicales en Barranca. Otras, ni siquiera se reivindicaba el asesinato. Nosotros siempre respondíamos con paros, con la esperanza de aislar a los asesinos. Pero los asesinatos seguían. No había quién lo parara. Eso fue destrozándonos poco a poco. Por la tristeza y porque nos dimos cuenta de que aunque teníamos que seguir con la movilización social porque nuestras acciones siempre fueron transparentes, también teníamos que tomar en serio las amenazas y pensar en nuestras vidas.

Olgher Santodomingo también estaba amenazado.

Se nos aconsejaba tener escoltas o un arma. Yo conseguí una pistola, pero la devolví casi en seguida porque tenía miedo de darle a uno de mis hijos en las noches en que me despertaba asustado y con el arma cargada porque oía cualquier ruido en la casa.

En noviembre de 1990 varios dirigentes nacionales de la CUT le advierten que su nombre está en una lista de dirigentes sociales "a eliminar" y que todo parece indicar que las amenazas podían cumplirse pronto.

Cogí las cosas que me cabían en una maleta y viajé a Bogotá.

En abril de 1991, un día después de volver a la capital del país tras una visita a sus hijos, estalla una granada en su casa de Barranca.

La pregunta era siempre qué había hecho yo, y por qué no me daban a mí en lugar de poner en peligro la vida de mis hijos. Además, en ese momento tuve que enfrentar no sólo lo duro que es rehacer mi vida en otra ciudad y el proceso de ruptura de mi matrimonio, sino también la incomprensión de muchos de mis compañeros en Barranca que veían mi salida como una cobardía, porque en ese momento yo ya era secretario general de la USO. Algunas personas me decían 'tranquilo, quédate, que nosotros te cuidamos'. Yo entiendo esa incomprensión

¹ Empresa Colombiana de Petróleos.

porque nadie cree que a uno lo pueden matar. Por eso te matan, porque no crees y entonces no te proteges. Y cuando lo matan a uno, la culpa acaba siendo del muerto por no cuidarse, por no irse, y no de los que le han matado. Yo me niego a seguirle el juego psicológico a los asesinos.

Según Olgher, ese fue un momento crucial en su vida.

Yo lloraba mucho. Me había separado de mi tierra, que es donde yo me sentía protegido porque la gente me conocía, me apreciaba. Yo me siento muy orgulloso de ser de Barranca, aunque muchas veces sea visto como un estigma, como de revoltoso, de problemático. A veces eso se nota cuando muestran la cédula. Pero yo me siento orgulloso porque allí hay mucha dignidad, eso se ve en las calles. Yo asocio Barranca con el no doblegarse, el no dejarse. Por eso me dolió tanto. Además, las posibilidades de volver a ser elegido como dirigente de una organización cuando los trabajadores no podían ver mi trabajo se alejaron. Me di cuenta de que iba a ser muy difícil seguir siendo dirigente de la USO, y empecé a pensar en escribir la historia de los movimientos sociales de Barranca. Pero en ese momento fui elegido en el comité ejecutivo de la CUT en Bogotá, una última oportunidad para aprender más de la lucha sindical. Esto fue en 1993.

Desde ese momento, Olgher Santodomingo se concentra en aumentar la presencia del movimiento sindical en los esfuerzos por el diálogo en el país.

En primer lugar, porque hay que legitimar la lucha pacífica. La guerra militariza toda la vida, pareciera que tenemos entonces que estar con uno de los bandos, y que la acción social pase a un plano secundario frente a la militarización. Tenemos que acabar con eso. Porque además el movimiento sindical está sufriendo mucho la guerra. En un ambiente de guerra muchos encuentran justificación para acabar con él. Y en segundo lugar, para mí la paz es el espacio en el que las contradicciones normales de toda sociedad se confrontan sin violencia. Sin eso, este país no tiene futuro. No podemos seguir matándonos.

Es nombrado miembro del comité ejecutivo que realizó el Encuentro de Colombianos por la Paz en 1993, encuentro del que surge la creación de la Red Nacional de Iniciativas Ciudadanas por la Paz, Redepaz, que para Olgher es importante porque tiene como objetivo no sólo la negociación del conflicto armado, sino la solución a las diferentes violencias que vivimos.

También participa en el proceso de organización del Comité de Búsqueda de la Paz, que está integrado por distintas organizaciones de la sociedad civil, centrales sindicales, ONGs, organismos de defensa de derechos humanos...

Estoy convencido de que los seres humanos tenemos la capacidad suficiente para resolver los conflictos sin violencia. Ya sea con el diálogo o con el conflicto social, como los paros, las movilizaciones, que son derechos absolutamente legales y que en otros países se aceptan como algo normal mientras que aquí se convierten en razones para la represión. Luchar por unos derechos no significa ser violento. Yo estoy convencido de que la lucha sindical no se contraponen a la lucha por el diálogo. Por el contrario. Para acabar con las diferentes violencias hay que fortalecer el tejido social del país, la gente que actúa políticamente.

Desde finales de 1996, Olgher Santodomingo trabaja con las cooperativas petroleras del país, principalmente desde la educación de líderes, porque

el mejor aporte que podemos hacer es lograr que la gente tenga confianza en sus propias capacidades y construya organizaciones sólidas.

Si hiciera un balance de todo lo que he hecho, no sería negativo. Si tuviera que repetir mi historia, haría lo mismo. Ahora siento mucha desazón, ayer temblaba de miedo de pensar que les pueda pasar algo a Hernando, Lucho o Gabriel, pero también siento mucho compromiso, porque la gente que cayó era muy valiosa. Es el compromiso de acabar con la guerra, y no solo con la más visible, sino con la guerra que implica que uno no puede ser dirigente sindical en este país. No sé. Son sentimientos encontrados. Da miedo por lo que le pueda pasar a uno, y de ver la luz al final del túnel. Y aunque siguen asesinando con toda tranquilidad a mis amigos, y a veces me preocupo por mi vida, creo que no se ha perdido toda la sensibilidad social contra estos asesinatos, y ya casi nadie discute la necesidad de una negociación política del conflicto armado. Pero hay que seguir trabajando por el respeto a la vida de los dirigentes sociales y las garantías para el ejercicio de nuestra actividad. Si no, no puede haber democracia.

La pregunta era simple que había hecho yo